

1ro. de Agosto de 1958

EL AMETRALLAMIENTO DE PRESOS POLITICOS EN LA PRISION DE LA HABANA



"El Chacal de La Habana desahogaba su ira..."

Los coroneles Ventura y Carratalá disparaban a mansalva contra los 500 presos políticos encerrados en La Prisión de La Habana.— Resistencia heroica frente a las balas.— Sublevación de los presos comunes.— Dos horas con las manos en alto.— Al revolucionario Luis Rodríguez Castro lo obligaron a tragarse tres banderas de papel que había confeccionado.— Los heridos permanecieron tirados sobre el piso durante tres horas, sin recibir asistencia médica.— Los ocho muertos en las faldas del Castillo.

por RAMON COTTA, hijo

(SEGUN SE LO RELATO UN TESTIGO PRESENCIAL)

-iCECILIO Vázquez, asoma la cara, que te voy a matar!

El tristemente famoso coronel Conrado Carratalá Ugalde, uno de los esbirros más sanguinarios de la dictadura de Batista, vociferaba aquella amenaza mientras recorría los pasillos de las galeras 1, 2, 3, 4 y 21 situadas en los altos del Castillo del Príncipe. En sus manos, una ametralladora vomitaba plomo contra los presos políticos inermes que, como mejor podían, trataban de protegerse al ser sorprendidos por aquella granizada mortífera.

En los bajos se repetía la misma escena en las galeras destinadas a los presos políticos, que en total sumaban uno squinientos. Aquel día primero de agosto de 1958, que iba a quedar escrito con sangre de revolucionarios en las páginas de la historia de Cuba, la Prisión de La Habana se convirtió en un verdadero infierno de terror. Fue un hecho inaudito, silenciado a causa de la rígida censura de prensa y tergiversado de inmediato por uno de esos repugnantes informes oficiales con que la dictadura derrocada pretendía engañar al pueblo cubano y a la opinión pública extranjera.

Acompañados por más de veinte agentes sin escrúpulos pertenecientes a la Policía Nacional y al Servicio de Inteligencia Militar, el coronel Carratalá y "El Chacal de La Habana", el coronel Esteban Ventura Novo, desahogaban su ira disparando indiscriminadamente contra los presos políticos que se encontraban a su merced.

Eran aproximadamente las tres de la tarde. Momentos antes, los agentes policíacos habían procedido a expulsar de la Prisión, maltratándolos y vejándolos, a las numerosas mujeres y hombres que se encontraban allí visitando al hermano, al esposo o al hijo prisionero. No deseaban que hubiera testigos de la carnicería que iban a realizar en el Castillo del Príncipe.

El coronel Carratalá tenía especial interés en aprovechar la oportunidad que se le presentaba para asesinar al revolucionario Cecilio Vázquez, quien se había destacado

mucho en la vecina ciudad de Marianao durante la lucha contra la dictadura más vil que ha sufrido país latinoamericano. Afortunadamente, varios compañeros de prisión ocultaron a Vázquez y éste pudo salvar la vida. Sin embargo, aquella tarde tres presos políticos habrían de morir y otros 21 resultarían heridos; la mayoría, gravemente.

Los coroneles Ventura y Carratalá decidieron llevar a cabo aquella inhumana represalia porque los presos políticos acordaron cantar a determinadas horas el Himno Nacional y guardar minutos de silencio en homenaje a sus compañeros caídos, como protesta porque los organismos represivos de la dictadura detenían otra vez a todos aquéllos que el Tribunal de Urgencia de La Habana libertaba provisionalmente o absolvía de los hechos que se les imputaban. En estos casos, el sabor de la libertad obtenida a costa de increíbles sufrimientos morales, torturas y vejaciones a manos de los matones de la tiranía, duraba muy poco en los labios de las víctimas. Al ser apresados a la salida de la Audiencia habanera, nuevamente eran objeto de apaleamientos y torturas. Los que tenían la fortuna de sobrevivir, eran arrojados en los calabozos de las estaciones policíacas o trasladados a la Prisión.

La situación llegó a ser tan peligrosa para los absueltos o los libertados provisionalmente, que muchos presos políticos prefirieron permanecer en la prisión sin hacer gestión alguna para ganar la libertad, antes que correr el riesgo de caer de nuevo en las garras de Ventura y Carratalá.

Mientras la matanza, que duró cerca de una hora, proseguía implacablemente, el Supervisor de la Prisión de La Habana se refugiaba en sus oficinas. Es que el coronel Francisco Pérez Clausell no hallaba el suficiente valor para encararse con los temidos coroneles Ventura y Carratalá para ponerle fin a la situación sin precedentes.

Los ayes de dolor de los heridos, los gritos de espanto de los que se veían encañonados por las ame-

tralladoras humeantes y las blasfemias de los que intentaban impotentes de ofrecer resistencia para defenderse, se mezclaban con las detonaciones de las armas de fuego y las risotadas e insultos de quienes las disparaban.

En las galeras de la planta baja los presos comunes, enfurecidos por lo que estaban presenciando, se sublevaron y cubrieron de improperios a los criminales uniformados.

acurrucaban tras las rejas. Por su parte, el coronel Ventura recorría los pasillos que separan a las galeras del piso alto y que, al cruzarse, forman una intersección a la cual los presos han puesto por nombre "Los Cuatro Caminos". En este sitio dormían en el suelo por las noches, los presos comunes desalojados de las galeras ocupadas por los presos políticos.

En los primeros momentos de la matanza, el revolucionario Gervan-



"Con sonrisa satánica el coronel Carratalá y sus secuaces ametrallaban a los presos..."

Por su parte, los presos políticos organizaban atropelladamente una resistencia inútil. Arrancaban las patas de sus camas de hierro y las arrojaban contra los agentes policíacos. Luego apelaron a las botellas de refrescos y botellones de agua que había en las galeras; en fin, le echaron mano a cualquier objeto que pudiera ser utilizado como proyectil para defenderse del inhumano ataque.

Con sonrisa satánica el coronel Carratalá y sus secuaces ametrallaban a los presos políticos que se

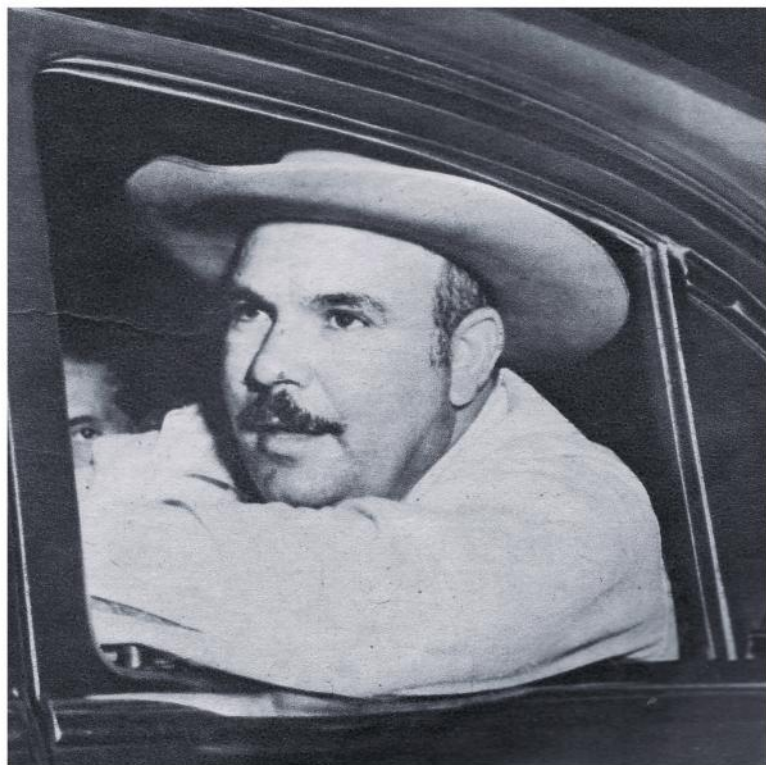
sio Sánchez —actual Secretario de la Federación del Transporte— recibió cinco balazos en el abdomen al ser sorprendido por una ráfaga de ametralladora cuando, todavía sentado en la cama, trataba de calmar a sus compañeros a fin de evitar males mayores. Sin embargo, a pesar de sus horribles heridas logró salvar la vida.

Al producirse los disparos iniciales, los presos políticos reaccionaron de distintas maneras. Unos gritaban indignados; otros, se pegaban a las paredes para proteger-



El coronel Francisco Pérez Clausell no hallaba valor para encararse con Ventura y Carratalá..."

"En esta ocasión, el terrible Martín Pérez llegaba con el propósito de detener la carnicería".





"Entre los presos políticos que se destacaron por su valor figura Rogelio Montenegro, actual capitán de la 14 Estación".

se; algunos se arrojaban al suelo y muchos se aprestaron a vender caras sus vidas. No obstante, pasados los primeros instantes de sorpresa, todos dieron muestras de un valor colectivo rayano en el heroísmo. La sangre lo mojaba todo. Los que resultaron ilesos al ocurrir las primeras descargas, auxiliaban como mejor podían a sus compañeros caídos. Las balas sembraban el pánico al rebotar contra las paredes y los barrotes de las rejas. El rat tat tat de las ametralladoras ahogaba los lamentos de los heridos. Los proyectiles silbaban al cruzar el aire y arrancaban pedazos de repello.

Corriendo de un lado a otro como un demente, deteniéndose sólo para descargar el peine de su ametralladora, el coronel Carratalá parecía gozar al ver el espanto retratado en el rostro de los indefensos prisioneros. Miró con indiferencia cuando a su lado se desplomó un agente del SIM al recibir un violento golpe en la nuca. La pata de hierro de una de las ca-

EL AMETRALLAMIENTO DE... (Continuación)

mas había sido arrojada con extraordinaria puntería, nacida quizás de la desesperación y el odio. Luego, sin pérdida de tiempo, el oficial policiaco se volvió para disparar hacia el lugar de donde creyó que habían lanzado el improvisado proyectil.

Otra ráfaga; uno o dos hombres más se desplomaron heridos. La confusión era enorme. El vocerío ensordecedor.

Varios presos políticos se destacaron por su valor. Entre ellos, Rogelio Montenegro, del Movimiento 26 de Julio, quien actualmente es



"En la galera 2, con capacidad para cincuenta y ocho detenidos, había sesenta y ocho presos políticos..."

capitán de la 14 estación de la Policía Nacional Revolucionaria. Otro de los héroes de aquel día lo fue el joven Antonio López Camero, "Cholo", que era uno de los responsables de las armas que la Organización Auténtica tenía ocultas en La Habana.

En todas las luchas revolucionarias, el Destino parece desempeñar uno de los papeles más importantes. López Camero fue dado por muerto en tres ocasiones por los agentes del sanguinario coronel Ventura. En las dos primeras oportunidades, lo arrojaron al vacío desde lo alto del Paso Superior. La tercera vez lo abandonaron en las márgenes del Río Almendares. Finalmente, antes de ser remitido a la Prisión de La Habana por última vez, López Camero tuvo que soportar durante veintidós noches consecutivas, torturas indescriptibles en la Novena Estación. Y el 2

de enero pasado, a la hora del triunfo, perdió la vida cuando poco después de salir de la prisión se apeaba, armado de una ametralladora, de un automóvil y varios soldados rebeldes recién llegados a la capital le dispararon al confundirlo con uno de los matones a sueldo del fugitivo ex senador Rolando Masferrer.

En la Galera Número dos, con capacidad para cincuenta y ocho detenidos, había sesenta y ocho, diez de los cuales se veían precisados a dormir en el suelo. Vieron acercarse al coronel Carratalá. Horrorizados observaron la boca amenazante de la ametralladora y un instante después, el vómito de fuego y plomo que brotaba de ella. Las balas avanzaban punteando las paredes de la galera. Con las espaldas pegadas a ellas, entre otros, se encontraban los presos políticos Hermenegildo Cabrera; el locutor de Radio Reloj nombrado Félix Travieso y el revolucionario Roberto de la Rosa, en este orden de derecha a izquierda.

Carratalá se volvía lentamente hacia ellos. Varios proyectiles se hundieron en la pared, a pocas pulgadas de Cabrera. La cortina de balas siguió avanzando. Una se hundió en el hombro derecho de Cabrera y éste cayó al suelo. Por una de esas cosas increíbles, al locutor Travieso lo respetaron las balas, pero, en cambio, el infortunado Roberto de la Rosa se desplomó muerto a su izquierda. En ese instante la mortífera ráfaga quedó interrumpida cuando la ametralladora del coronel Carratalá se quedó sin proyectiles. El oficial policiaco zafó el peine vacío y la cargó con otro; pero tan enloquecido estaba por la sangre que estaba viendo correr, que giró sobre sus talones y comenzó a disparar en otra dirección. Esto le salvó la vida al locutor Félix Travieso quien, aprovechando la oportunidad que se le presentaba, se arrojó al suelo.

Hubo un momento en que amainó el tiroteo. Carlos Vega, responsable de los miembros de la Organización Auténtica que se hallaban presos en el Castillo del Príncipe, con absoluto desprecio de su propia vida salió al pasillo y corrió en dirección a la oficinas del coronel Francisco Pérez Clausell, a quien increpó para que hiciera algo por evitar que se siguiera tiroteando a hombres indefensos. Con manos temblorosas, el coronel Pérez Clausell cogió el teléfono e hizo una llamada...

Mientras tanto, afuera se reanudaba la sanguinaria orfandía desatada en represalia por los coroneles Ventura, Carratalá y sus secuaces.

Las ametralladoras volvieron a entonar su canto fúnebre. La lucha se hizo más recia y el ruido, ensordecedor. Los presos políticos seguían cayendo atravesados por las balas.

Inesperadamente irrumpía en los pasillos de la Prisión el teniente coronel Martín Pérez quien, entre otras cosas interviniera personalmente en la terrible matanza de revolucionarios efectuada durante la fracasada huelga del 9 de abril de 1958. Sin embargo, en esta ocasión llegaba con el propósito de contener la carnicería. Cumplía órdenes de altos personeros del Gobierno que, aunque muy lejos de sentirse conmovidos por algún recóndito sentimiento humanitario, estaban muy preocupados por las consecuencias internacionales

"Cuando la luz del sol iluminó las faldas del Castillo del Príncipe..."

(Continúa en la Pág. 160)

